

EL ANALISTA EN SU TRABAJO

Con los ojos cerrados¹

Jorge Kantor^{2,3}

Introducción

Todos guardamos fotografías⁴. Son perfectas para que, cada vez que volvamos a verlas, recreemos de nuevo tiempos idos. Solemos ponerlas en mesitas o en estantes, colgarlas en las paredes de la casa, para que cuando se entre en algunas de las habitaciones o se vaya por los pasillos, se encuentre con pequeñas ventanas que nos transportarán a otros espacios y otros tiempos en los que, eso distinto que alguna vez fuimos, ahí donde ya no estamos, nos muestre un pedazo de lo que alguna vez fue y ahora, en el eterno presente en que vivimos, vuelve para decirnos que existió alguna vez.



¹ Este trabajo fue presentado originalmente en el Congreso de FEPAL 2020: *Fronteras, sección Arte y Clínica: Fronteras Móviles*, el 16 de octubre, e impreso en el Primer Libro Virtual FEPAL. Se cuenta con la autorización escrita para su reimpresión.

² Psicoanalista, Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

³ (NdE) Este trabajo se incluye en la sección *El analista en su trabajo*, pues, a pesar de incluir elementos del psicoanálisis aplicado, también incluye aspectos clínicos. El propio autor lo calificó de híbrido.

⁴ Las fotos incluidas en este artículo, a menos que se indique lo contrario, provienen del archivo digital, personal, del autor.

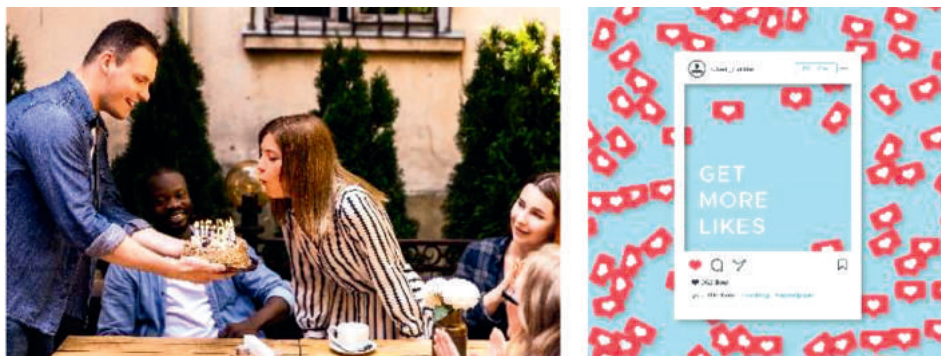
Al convertir algo en una fotografía, hacemos que abandone el presente de donde se le extrajo, para pasar a ser parte del conjunto de nuestro pasado. Toda fotografía es, por definición, un artefacto del pasado: un artilugio que nos permite mirar de nuevo la lejana fiesta de cumpleaños y la gran torta de chocolate con las velitas encendidas.



Hay fotos antiquísimas, como perdidas en una época que acaeció antes de nosotros o de un tiempo que somos incapaces de recordar. Fotografías en blanco y negro para llenar algunas de las lagunas de la memoria, para verlas lentamente en las "... noches de insomnio / con las pupilas llenas de asombro", como canta Gardel.



Hay también fotos recientísimas, producidas en el otro lado del espectro temporal: fotografías recién tomadas, apenas unos segundos atrás y que son transmitidas en el preciso instante al mundo virtual, para que los demás las vean y las distribuyan.⁵



Ahora bien, tengo la difícil tarea, encomendada por los organizadores del congreso FEPAL 2020, de escribir alrededor de mil quinientas palabras sobre la fotografía como tema general, fotografías de frontera, de ser posible. Es difícil para mí, porque en el Instituto me formaron para pensar que nuestro trabajo es el de escuchar a las personas en análisis, con atención flotante, sin prestar demasiada atención a nada en especial (como comunicó Freud y tradujo espantosamente Strachey como “neutral”) y que lo mejor que podríamos hacer es tener los ojos cerrados, ya que cuando la función analítica se activa, el oído se tonifica y una especie de ceguera nos sobreviene, dejando que solo sean los intersticios de la voz y la oquedad de las palabras de las personas en análisis las que nos transmitan todo lo que tenemos que saber... entonces, como fórmula de compromiso, para poder enfrentar mi dilema de escribir sobre lo que no veo, abriré los ojos y me enfocaré en tres situaciones clínicas en las que las fotografías han tenido un valor particular o revelador, dentro de los relatos que escucho de las personas en análisis, con ojos bien cerrados.

⁵ Imágenes tomadas de: Foto de Cumpleaños creado por freepic. diller - www.freepik.esVector de Marco creado por alicia_mb - www.freepik.es

Relato 1

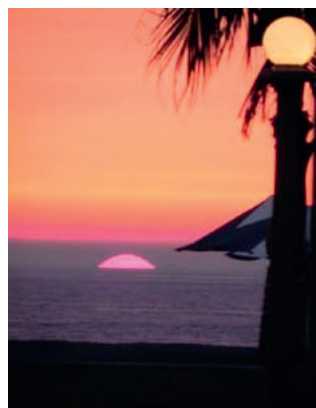
Algo avergonzado, un joven integrante de la generación Z, relató a su psicoanalista que, cuando era un niño pequeño y veía las fotos antiguas en los álbumes de sus mayores, pensaba que, antes, las cosas, el mundo y sus conjuntos, eran así, en blanco y negro. Había una cierta lógica en su razonamiento. Cuando lo pensaba, siendo un niño pequeño, todo a su alrededor era a color: la televisión, las imágenes en la pantalla –en todas las pantallas–, y estas reflejaban lo que él veía a su alrededor, es decir, las cosas eran a todo color, como es el mundo.

Por lo tanto, si los ecos del mundo que se veían en las fotos antiguas de sus padres y abuelos estaban en blanco y negro, el mundo que se reflejaba en esas fotografías debería tener una coloración semejante y, por lo tanto, el pasado debió haber sido así, incoloro. Un razonamiento isomórfico intachable. En este tiempo suyo, al lado de las naves espaciales, el celular, *notebooks*, computadoras y tantas cosas más, habría llegado el color al mundo y el technicolor a las pantallas.

En un momento del proceso analítico, el recuerdo del día en que se dio cuenta de que estaba equivocado y que siempre las cosas habían sido a todo color, acompañó a la comprensión de que su conexión con lo que lo rodeaba, y la manera en que estaba entendiéndose a sí mismo, se parecía



a esa confusión infantil sobre la naturaleza de los colores del mundo. Al entenderse a sí mismo de un modo binario: “esto es blanco o esto es negro”, dejaba de apreciar la gama de variaciones y diversidades que la vida tiene en abundancia, limitándose innecesariamente.



Relato 2

Para un hombre en sus treintas, las fotografías que adornan la pared de la escalera, de la casa de sus padres, son parte de una operación mental compleja, mejor dicho, esas fotografías familiares representan un problema bien serio para él.

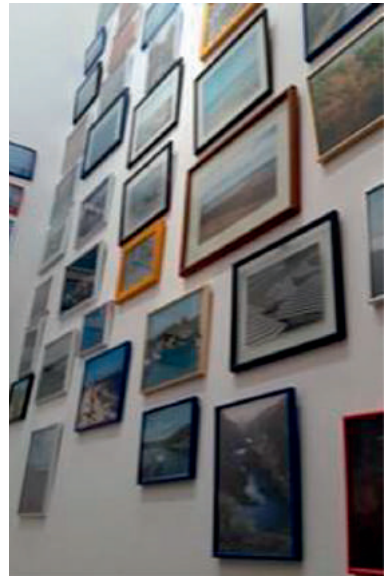
Esto debido a que, cada vez que tiene que subir o bajar las escaleras, inexorablemente se pone en marcha un mecanismo obsesivo-compulsivo.

Las fotos familiares que están colgadas en ese sitio, tienen imágenes con una altísima carga emocional para él. Todas y cada una de las fotos tienen una valencia positiva o negativa, en diferentes grados y, aunque la valoración puede cambiar de acuerdo con circunstancias particulares, ninguna le es indiferente.

Su primera intención es pasar al lado de ellas velozmente sin llegar a ver ninguna y, de ese modo, evitar el inicio del mecanismo obsesivo-compulsivo. Pero, la mayoría de las veces falla, no se puede contener y echa un vistazo a alguna de ellas y, entonces, el artificio se activa y comienza el despliegue de dicho mecanismo.



Digamos que, una mañana cualquiera, mientras baja tratando de no mirar al costado, no puede evitar echar un vistazo a la foto del paseo familiar que tiene una valencia negativa predeterminada, inmediatamente se desata el engranaje inevitable: debe mirar rápidamente otra foto, alguna que equilibre el valor que le adjudicó a la primera, con la esperanza de que esta segunda foto genere una valencia positiva en su mente, de tal modo que equilibre la perturbación que la primera foto causó. Pero, muchas veces, la segunda foto empeora las cosas o no es suficiente como para equilibrar lo que ha desatado la primera, entonces debe seguir viendo más fotos, hasta llegar a algún tipo de balance. Otras veces, la segunda foto supera con creces a la primera y se ve tentado a mirar otra más, para ver si sigue avanzado en el campo positivo. Así, para este hombre bajar o subir por la escalera, le significa un costo psíquico enorme.



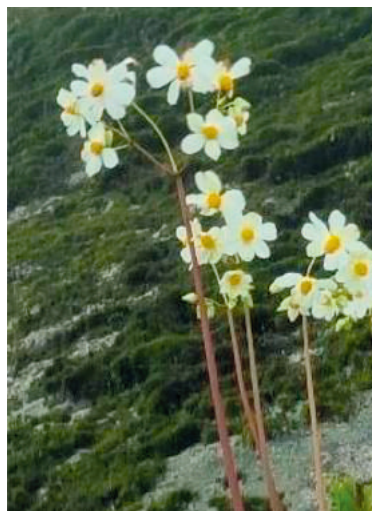
Esta es una operación en la que estuvo involucrado desde pequeño. Ciertamente, ha tenido periodos más intensos que otros, al igual que ha desarrollado de manera acorde estrategias para mitigar el conflicto, pero invariablemente fracasaban.

La falla de unos de sus intentos por enmendar las cosas le permitió vislumbrar algo más sobre lo que le estaba pasando. Esa vez pensó que, si agregaba a la pared una foto nueva, que fuera positivamente poderosa, podría resistir la arremetida de las fotografías que percibía negativamente. Quizás, sabiendo que aquella estaba ahí, lograría pasar por la escalera sin ser tentado a hacer la evaluación fotográfica a la que estaba habituado. La estrategia fracasó. Dónde poner la foto salvadora se convirtió en un problema. Y, una sola foto no era suficiente. Entonces, intentó poner una al principio y una también al final, para resolver el asunto de que cada vez que tenía que subir, luego tendría que bajar.

Eventualmente, se dio cuenta que tendría que poner demasiadas fotos nuevas para contrarrestar la mala vibra que emanaba de las fotografías de la pared, y que no le alcanzaría el espacio a su disposición, por lo que tendría que llenar varias paredes.

Finalmente, este hombre en sus treintas empezó a comprender que las fotografías de la familia, colgadas al lado de la escalera, representaban un descomunal encargo que él estaba forzado a honrar y, cada vez que subía o bajaba por la escalera, sentía que las generaciones que lo precedieron lo observaban, tomándole cuenta de los logros de su vida. No es que él mirara las fotografías al subir o al bajar las escaleras, las fotografías lo escrudiñaban a él.

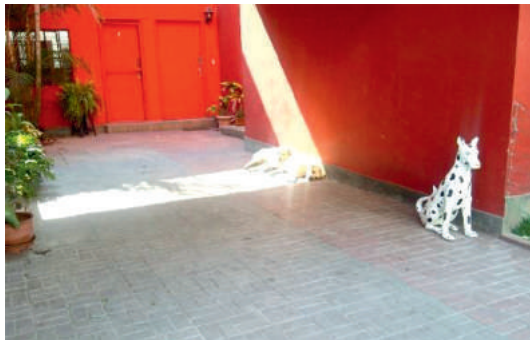
Así fue que consiguió desinvertir las fotografías de la pared, descondensándolas de representaciones negativas de sí mismo, hasta lograr subir o bajar la escalera sin poner en marcha un proceso defensivo infernal.



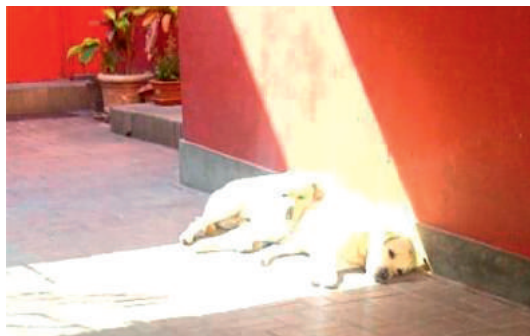
Relato 3

El último relato tiene relación con una fotografía que está colgada en mi consultorio y que, en algún momento, le generó una introspección a una persona que viene a análisis. Se trata de un *millennial*, quien suele hacer comentarios sobre la decoración del espacio.

Una fotografía en particular, que reproduzco aquí, colgada en una pared de mi consultorio, le sirvió para hacer una introspección en dos tiempos.



En la fotografía se ven tres perros, dos de ellos están echados y un tercero está separado de los primeros. Los perros tendidos parecen ser labradores y el tercero un dalmata. Al dalmata no parece interesarle tener el rayo de calor encima, sino resguardar la propiedad. En este primer momento, el hombre en análisis se identifica con el dalmata y su actitud responsable, se ve a sí mismo alerta frente a los peligros que acechan.



Los dos primeros se ven demasiados cómodos, ahí echados donde les calienta la luz del sol. El *millennial* en análisis desprecia la suntuosidad de los dos labradores. Él no busca el sosiego de estos, solo preocupados por sacarle provecho al calor del sol a esa hora del día, sin tener la actitud comprometida del dálmata.

Unas semanas más tarde, la perspectiva cambió, advirtió que los dos perros echados miraban hacia la cámara y que se percatan de la presencia del fotógrafo, mientras el dálmata estaba observando absorto hacia otra parte, quizá algo demasiado concentrado. Fue entonces que se dio cuenta de que había algo extraño en la posición del dálmata, lo que hizo que le echara un vistazo más cercano y, entonces, comprendió que el perro de la foto no era un animal de verdad, sino una estatua de tamaño natural.

Su identificación con una figura sin vida, era su manera de ocultarse ciertas verdades sobre él mismo, darse cuenta de esto le permitió empezar a comprenderlas.



Fecha de recepción: 27 de enero de 2021

Contacto:
Jorge Kantor
jorge.kantor@gmail.com